

FUERZAS DE TRABAJO Y CONFLICTO SOCIAL EN UN CAPITALISMO EN TRANSFORMACIÓN

LABOUR FORCES AND SOCIAL CONFLICT IN A CHANGING CAPITALISM

Pere Jódar

Departament de Ciències Polítiques i Socials, Universitat Pompeu Fabra

Ramon Alós

*Centre d'Estudis Sociològics sobre la Vida Quotidiana i el Treball (QUIT), Institut d'Estudis del Treball (IET),
Universitat Autònoma de Barcelona*

pere.jodar@upf.edu | ramon.dealos@uab.cat

Resumen

En el texto exploramos los vínculos entre la economía moral y la espontaneidad propias de los movimientos comunitarios y la racionalidad organizada de las asociaciones de trabajadores. Sostenemos que ambos movimientos se complementan. La comunidad aporta afecto y sentido de la justicia, los sindicatos recursos organizativos; ambos solidaridad. La clave de considerar estos vínculos es la individualización y la ruptura de la solidaridad alcanzada por el sentido común neoliberal. A nuestro parecer, ante los retos actuales, ambos movimientos, con sus especificidades e idiosincrasias, necesitan explorar nuevas vías de acción colectiva.

Palabras clave: Comunidad; Sindicatos; Economía moral de la multitud; Neoliberalismo; Movimientos sociales

Abstract

The text explores the links between the moral economy and the spontaneity of community movements and the organized rationality of workers' associations. We argue that both movements complement each other. The community brings affection and a sense of justice, the unions organizational resources; both solidarity. The key to this link is the individualization and rupture of solidarity achieved by neoliberal common sense. In our opinion, faced with the current challenges, both movements, with their specificities and idiosyncrasies, need to explore new ways of collective action.

Keywords: Community; Trade Unions; Moral Economy of the Crowd; Neoliberalism; Social Movements



Sumario

1. Introducción	178
2. Movimientos populares. Inicios del movimiento obrero	180
3. Trabajadores, movimiento obrero y sindicatos	183
4. Sindicatos y movimientos sociales hoy	186
5. Conclusiones	189
Referencias	191

Referencia normalizada

Jódar, Pere; Alós, Ramon (2018): "Fuerzas de trabajo y conflicto social en un capitalismo en transformación". *Anuario IET de Trabajo y Relaciones Laborales*, 5, 177-193. <https://doi.org/10.5565/rev/aiet.72>

1. Introducción

Históricamente la gente, cuando lo ha considerado y podido, se ha defendido de las agresiones a sus sistemas de vida y subsistencia, se produzcan éstas por cambios en las condiciones materiales o por decisiones, tratos o abusos de poder de las autoridades. La acción injusta de los poderosos en detrimento de los dominados desencadenaba el mecanismo incierto y esporádico de la economía moral de la multitud¹. Hasta el siglo XIX esta reacción se manifestaba principalmente mediante movimientos espontáneos, de carácter comunitario.

Queremos explorar aquí la relación entre movimientos sociales y sindicatos, para reflexionar sobre posibles retos actuales. Pero antes advertimos que hemos estudiado a lo largo de los años y con cierta profundidad a los sindicatos, aunque bastante menos a los movimientos sociales. Por tanto, el inicio de nuestra reflexión es el papel que han jugado, juegan y han de jugar los sindicatos. A los cuáles, siguiendo las premisas de lo que

Tarrow (2009) define como acción colectiva, consideramos movimiento social.

En el siglo XIX, tal como remarcaron los sociólogos clásicos, la sociedad experimentó un salto modernizador conocido como revolución industrial. El proceso racionalizador emprendido por la burguesía, fue un punto culminante de la acumulación primitiva de capital y de su continuada creación de población excedente, condenada al desempleo, la precariedad y la pobreza. Una situación injusta ante la que las primeras reacciones continuaron siendo comunitarias y morales. Estos procesos coinciden en el tiempo con la consolidación de los Estados, que adquieren una fortaleza inusitada como garantes del orden (Weber: monopolio de la violencia). La intervención de los Estados, sin embargo, no ocultaba, ni resolvía, el problema social del trabajo generado por un capitalismo que arrastraba los males de la explotación, la alienación, la anomia o la jaula de hierro. Es, en ese punto, donde el movimiento de los trabajadores, con base en las fábricas, pero también en las cercanas comunidades de habitación, también se racionaliza, creando organizaciones propias conectadas a esa base de vivencia cotidiana. Un ejemplo de esto último es la importante participación de las mujeres en los diversos sucesos revolucionarios (revolución francesa, Comuna de París...) y en las movilizaciones comunitarias y solidarias de dicha etapa²; al fin y al cabo ellas también eran protagonistas del trabajo industrial.

¹ Dice Thompson (1984: 66): "estos agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto puede decirse que constituían la economía moral de los pobres. Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa".

² Thompson (1984: 109): "Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres". Unas mujeres que, como expone el autor con cierta sorna, parecen haber

Las nuevas organizaciones representativas (partidos y sindicatos), dirigen la movilización de los trabajadores, administrando demandas, recursos, saberes y acciones, pero también aportan la identidad que da cohesión al movimiento en forma de valores, afectos y socialización. Junto a ello permanecen, dada la dependencia de la condición asalariada, los vínculos familiares y vecinales, la cultura relacional generadora de corrientes solidarias que permiten resistir y sobrevivir ante la represión, la arbitrariedad o la indefensión. Por ello, estos lazos, en cierta manera, perviven en las comunidades y barrios obreros, hasta la etapa neoliberal. El aliento de una, era la fortaleza de la otra. Un repaso a la historia del movimiento obrero en la dictadura franquista revela, por ejemplo, en las comarcas cercanas a Barcelona, esta proximidad entre fábrica y barrio (Balfour 1994; Ealham 2005); no necesariamente física, pero si vivencial; el barrio ofrecía a los obreros de las fábricas posibilidades de interactuar o de decidir en común “qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas” (Thompson, 1984: 66). Barrios, tabernas y mercados, como en la sociedad campesina, continuaron siendo claves en el tejido de solidaridades. La comunidad aportaba la fuerza moral y los sindicatos los recursos que hacían estable en el tiempo el sostén de las demandas; ambos distribuían solidaridad.

En el inicio del tiempo neoliberal, mientras Friedman, Hayek y otros miembros de la sociedad Mont Pelerin experimentaban con la dictadura chilena, en Estados Unidos y en el Reino Unido comenzaba una batalla desde los gobiernos (Reagan y Thatcher) por la aniquilación de cualquier atisbo de obrerismo. La desindustrialización, los cambios legislativos, la represión, el ataque al Bienestar, dan paso a una sociedad en la que de nuevo la precarización, el desempleo y el trabajo pobre vuelven a estar presentes. Thatcher fue la más firme en sus propósitos: impulsó la

tenido conciencia sin esperar a su liberación (que supuestamente se produce bien entrado el siglo XX), en todo caso expone que eran “las más involucradas en la compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior. Es probable que con mucha frecuencia las mujeres precipitaran los movimientos espontáneos, (aunque) otros tipos de acciones se preparaban con más cuidado.” También Hobsbawm (1987: cap. 6).

financiarización (la City como fortaleza financiera) y la desindustrialización intensiva; así como la primacía del individuo frente a la negación de la sociedad. El objetivo, dibujado con precisión por Owen Jones en Chavs (2012; también Milne 2018), no sólo fue derrotar a la clase trabajadora sino, en lo posible, humillarla. Esta tendencia llegó aquí más tarde y, aunque aún hay barrios y poblaciones que conservan vínculos entre fábrica (o empresa) y comunidad vecinal, en general barrios y puestos de trabajo (cada vez más fragmentados en el océano de flexibilidad y precariedad) se han separado de los lazos afectivos y solidarios que tejían sus habitantes.

Actualmente la globalización, la financiarización, el estado *workfare*, sustituto neoliberal del *welfare*, la deuda, da pie al crecimiento del ejército industrial de reserva, ya no sólo formado por mujeres y jóvenes, sino también por trabajadores migrantes y población excedente. Y, junto a ellos, el desempleo y los contratos precarios, incluso el empleo en los nuevos sectores tecnológicos facilita, aún más, la expansión de las ideas y prácticas neoliberales de empleabilidad, emprendimiento, subcontratación, ‘hágaselo usted mismo’. Dicho de otro modo, la individualización, privatización y mercantilización de absolutamente todo lo imaginable ponen en cuestión no sólo las comunidades de trabajadores y el movimiento sindical, sino la misma sociedad invadiendo los espacios de reproducción, la vida misma, convirtiéndola en más incierta. En este sentido sostenemos que, **la imposición hegemónica del sentido común neoliberal, dificulta la acción de la economía moral de la multitud que alimentaba a los movimientos comunitarios**. Los sindicatos se enfrentan a una ofensiva autoritaria difícil de eludir y ello en una fase de declive afiliativo y de necesidad de adaptar su organización y estrategia a los contextos actuales. Estos dos elementos, sindicato y comunidad (junto a los partidos obreros) eran, en el imaginario narrado por Karl Polanyi en *La Gran Transformación* (1989), una buena parte de la capacidad de reacción desmercantilizadora de la sociedad frente a las fuerzas del capitalismo.

En las páginas que siguen vamos a profundizar en la tesis de que **ambas formas de lucha (comunitaria y sindical), de acción y vivencia, necesitan explorar formas de aproximación para encontrar nuevas vías de organizarse en sus ámbitos y, de relacionar-**

se, que permitan no sólo defenderse de la creciente desigualdad y autoritarismo, sino también avanzar en un sentido más justo y emancipador.

2. Movimientos populares. Inicios del movimiento obrero

Históricamente los movimientos populares han mantenido unas características que les acompañan a lo largo de los tiempos. Estas características acercan las diferentes revueltas, movimientos, conflictos, revoluciones, movilizaciones, a la espontaneidad; ya que, aunque pudieran tener una dirección o líderes, no eran estables o perdurables. Basadas en demandas y reivindicaciones normalmente reactivas y conservacionistas³, a pesar de la radicalidad y violencia con la que podían expresarse, las movilizaciones se desencadenaban en respuesta a una situación negativa, que alteraba el orden de las cosas (precios, impuestos, escasez, falta de libertad, agravios...), provocada por la acción de las clases dominantes o de los gobernantes. Circunstancias de movilización bastante universales y que alcanzan, incluso, nuestros días⁴. En todo caso, eran movimientos provocados por el cuestionamiento de aquello que la costumbre del momento consideraba ‘precio o salario justo’⁵. Las formas organizativas podían ser diversas, pero siempre caracterizadas por una

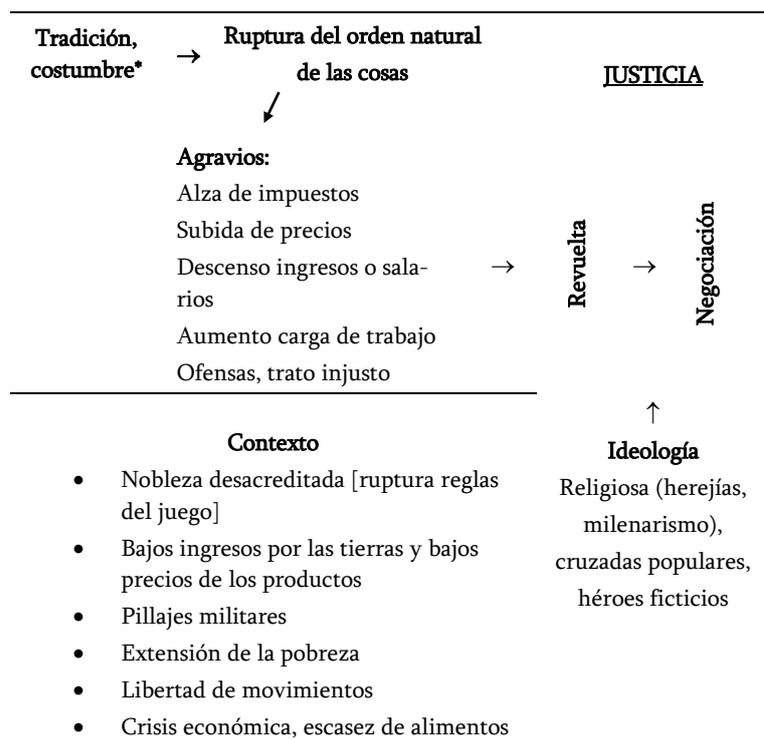
³ Rudé cita estas palabras de E.P. Thompson “la cultura plebeya es rebelde, pero se rebela en defensa de la costumbre” (1981: 196).

⁴ La revolución rusa comienza bajo la demanda de pan, el movimiento obrero polaco que desemboca en Solidarnosc se movilizó cada 10 años aproximadamente, después de la segunda guerra mundial, por los sueldos o por los precios de los alimentos; tras el 15M y los movimientos de 2011 también hay un hondo sentido de injusticia.

⁵ Hoy día hablamos de justicia global, justicia climática, de la injusticia de la desigualdad, del injusto trato a los refugiados, etc.

naturaleza explosiva y no duradera y por su espontaneidad, más allá de liderazgos ocasionales. La lectura de los historiadores sociales británicos (Hill 1983; Hilton 1988; Rudé 1981; Thompson 1984) muestra que, en los inicios de los movimientos por ellos estudiados, en la etapa tardo-medieval, la palabra y la relación directa eran claves para poner en marcha la movilización ante una decisión arbitraria o injusta en perjuicio de los campesinos. Las sectas y movimientos religiosos podían proporcionar liderazgos a unas acciones directas y espontáneas que no tenían continuidad en el tiempo. Remarquemos el repertorio de acontecimientos en el esquema 1: la ruptura del orden natural de las cosas, los motivos (agravios) y el objetivo de la movilización, que no es otro que la negociación para restituir la tradición, la costumbre, el precio o pago justo o la dignidad humana.

Esquema 1. Repertorios en las revueltas de economía moral



* Una sociedad campesina regida por la costumbre, en la que la servidumbre y las prestaciones de trabajo desempeñaban un importante papel, se vino abajo a consecuencia de la incontrolable movilidad campesina y la comercialización de las transacciones de tierras. Hilton (1978: 222-223).

Fuente: elaboración propia con base en Hilton (1978)

La época del absolutismo, según Rudé (1981), no cambió la dinámica, pero sí la dimensión de las insurrecciones y revueltas campesinas que adquirieron una escala mayor. Sin embargo, **no fue hasta la transformación de la sociedad agraria en industrial, que se fue descomponiendo la antigua economía moral en la que, a menudo, el consumo (vinculado a la subsistencia) era más importante que la producción y el trabajo, y cambió la dinámica del comportamiento movilizador centrado en el precio justo de las cosas.** Una revuelta amplia producto de la escasez ya no sacudía los principios morales de las autoridades y de los propietarios industriales que sólo respondían con represión y caridad, o síntesis perversas de ambas como las casas de trabajo forzado. La disciplina de la fábrica y del trabajo asalariado, se fue extendiendo con sus ritmos y medidas del tiempo hacia la comunidad, dividiendo trabajo (ahora cosificado en mercancía) y vida; como si trabajo y vida no se fundieran en las mismas personas a las que se pretendía dividir, para mejor explotar. Rancière traza un paralelismo entre aquella forma de dominación basada en el control del tiempo y de los movimientos, y “las formas contemporáneas de precariedad e intermitencia” (2017: 9).

Tarrow (2009) y Tilly (1978) también dan muestras del cambio de repertorio de los movimientos sociales, durante el siglo XIX, siguiendo la pauta reflejada en la tabla 1. En la sociedad agraria, remarcan, los precios podían tener preeminencia como desencadenante, pero estos tres elementos continuaron siendo importantes en las motivaciones de los movimientos.

En los inicios de la revolución industrial, el movimiento ludita en ciudades y fábricas o el del mítico capitán Swing (Hobsbawm y Rudé 2009; Tilly y Wood 2010) mantuvieron la pauta movilizadora en contra de la pobreza y la opresión. Hobsbawm y Rudé (2009) o Thompson (1984), muestran que el movimiento campesino (de economía moral⁶) prosigue su marcha, de una forma u otra, hasta bien avanzado el siglo XIX, coexistiendo con el incipiente movimiento obrero. Así, Rudé (1981) compara la protesta rural y la asalariada, unas aún vinculadas a los precios o a la

⁶ También procedimientos como los ‘san lunes’, relatados por Thompson (1984), derivaban de la misma concepción moral de la justicia y la legitimidad.

Tabla 1. Cambio de repertorio en los movimientos sociales

	Sociedad agraria	Sociedad industrial
Espacio de desarrollo	Campo	Ciudad
Forma de organización	Tumultos (movilización espontánea)	Asociaciones
Mecanismo de expresión	Revuelta agraria, peticiones masivas. Apropiación de alimentos, ocupaciones de tierra	Huelga, manifestaciones. Barricadas, destrucción de propiedades
Carácter	Local	Local-Nacional
Desencadenante	Precios, impuestos, retribuciones. Injusticia	

Fuente: elaboración propia con base en Tarrow (2009) y Tilly (1978)

escasez, también a los cercamientos, y otras relativas a las disputas salariales y a la destrucción de máquinas para conservar el empleo. Ambas espontáneas o escasamente organizadas y, asimismo, ambas compartiendo la necesidad de mejora de las condiciones de vida. Hobsbawm y Rudé (2009) remarcan que, aunque no hay ausencia de muertes, la mayor parte de las protestas se dirigen contra la propiedad, justamente el elemento que para las clases altas *era más preciosa ante la ley que la propia vida*. La pervivencia del movimiento puede explicarse por el refuerzo de los lazos comunitarios y de la solidaridad⁷. Sobre todo, tal como expone Thompson, cuando las clases dominantes rompían las reglas del juego: “la naturaleza de las cosas” que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una

⁷ A propósito, el epílogo de Hobsbawm y Rudé (2009) comienza con una interesante reflexión sobre el éxito y el fracaso de los movimientos que conviene no olvidar en los tiempos actuales. Así el fracaso del carisma, propició el nacimiento de organizaciones que más tarde convergieron en el Trade Union Congress.

solidaridad simbólica entre las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y 'el Empleo de Capital'" (1984: 127). Las posibilidades de que la revuelta permitiera que las autoridades reconsideraran sus decisiones injustas se redujeron drásticamente.

Ahora bien, mediante el conflicto, la experimentación, el éxito y la derrota, fue surgiendo un tipo de organización o de asociación más formal que garantizaba los recursos necesarios para mantener en el tiempo, la defensa y protección de los asociados, de los obreros y sus comunidades: los sindicatos⁸. No olvidemos, como dice Hobsbawm, que en la etapa ludita "la negociación colectiva es sostenida mediante el motín" (1979: 33). Hacia mitad del siglo XIX en Inglaterra el sindicato como organización formal, sustituye paulatinamente las anteriores formas espontáneas. Las diferentes revueltas y, finalmente, el sindicalismo y los partidos de los trabajadores irán adquiriendo capacidades instrumentales y contenidos sociales, políticos y económicos, inspirados en las revoluciones inglesa, norteamericana, francesa, Comuna de Paris...

Los sindicatos y partidos obreros que aparecen en los países industrializados durante el siglo XIX, son fruto de la explosión radical del 'problema social del trabajo' derivado de las consecuencias económicas y sociales no sólo de la revolución industrial, sino también de la experiencia adquirida en las movilizaciones de la anterior etapa de acumulación primitiva de capital (esclavitud, cercamientos, pobreza, colonialismo...). Será en la etapa de efervescencia social de finales del siglo XIX y principios del XX⁹, con independencia del ciclo económico y dada la confluencia de diversos factores sociales y políticos, cuando se consolidan los sindicatos como organizaciones del movimiento obrero: con un pie en las fábricas y otro pie en

las comunidades trabajadoras en las que residían las personas que compartían dicha condición.

Al principio, los sindicatos aparecieron como un instrumento de los trabajadores cualificados (artesanos y oficiales) junto a sus mutualidades. Más tarde como sindicatos generales: "los sindicatos constituidos durante la expansión de finales de la década de 1880 reclutaron trabajadores de todos los niveles de cualificación y adoptaron numerosas formas de organización" (Hobsbawm 1979: 185). En esa etapa, se pueden observar algunos factores seculares que no sólo muestran el salto de la exclusividad del sindicato de oficio al sindicato industrial¹⁰, sino también algunas características que acompañan el posterior desarrollo de los sindicatos, del trabajo y del movimiento de los trabajadores. Uno nos lo aporta Thompson en referencia a los artesanos, pero que podemos aplicar luego a los oficiales y, posteriormente, a las diferentes olas de innovación organizativa y tecnológica: "La innovación técnica y la superabundancia de mano de obra barata debilitaban su posición. No tenían derechos políticos y el poder del Estado se utilizaba... para destruir sus trade unions" (2012: 293). Un segundo factor, como consecuencia de los cambios técnicos y organizativos, es el de los efectos en la cualificación y descualificación de los trabajadores que, finalmente, inciden en sus condiciones de trabajo y vida y en sus posibilidades de movilización (Hobsbawm 1979: 182); es decir los cambios en el sistema capitalista dividen y segmentan a los trabajadores. En este sentido, destaquemos la pregunta del autor sobre si eran los sindicatos los que conferían fuerza a determinados grupos de trabajadores o, simplemente, ponían en evidencia la capacidad de negociación y conflicto que ya tenían. Un último factor es el grado de reconocimiento o de institucionalización de los estados y organizaciones empresariales hacia los sindicatos.

⁸ De experimentación de formas organizativas que abarcaban cooperativas de consumo o producción, asociaciones de socorros mutuos, sociedades de resistencia, bolsas de trabajo, mutualidades...

⁹ Los historiadores especializados (Hobsbawm 1979) muestran la discontinuidad de la afiliación a los sindicatos y de la conflictividad social, no sólo mediante variaciones continuas, sino también con momentos explosivos.

¹⁰ En diversos apartados, Hobsbawm, muestra algunas diferencias en el nacimiento del sindicalismo en Inglaterra y en el continente europeo.

3. Trabajadores, movimiento obrero y sindicatos

Los sindicatos experimentaron una fuerte etapa de crisis y transformación en su transición del sindicato de oficio a los sindicatos generales o de clase. A principios del siglo XX los sindicatos de la OCDE no alcanzaban el 10% de densidad afiliativa¹¹. A pesar de las dos guerras mundiales y el clima creado por la revolución soviética, tras ellas, los sindicatos crecieron y fortalecieron, abandonando la espontaneidad, para impulsar la administración organizativa; la acción directa es reemplazada por otra planificada y estratégica. El contexto cambia rápidamente: se produce un proceso masivo de asalarización (gente desplazándose del campo a las urbes, o efectuando el salto migratorio), de concentración en grandes fábricas, y de extensión del fordismo. Al mismo tiempo que los sindicatos, como instrumento de representación, se consolida el derecho a la negociación colectiva, verdadera institucionalización del conflicto. No obstante, recordemos que a semejanza de la etapa de los movimientos comunitarios, la movilización y la huelga, continuaron siendo necesarias para hacer efectiva, bien la propia negociación, bien los convenios o acuerdos resultantes¹².

La minoría aristocrática, que impulsaba los sindicatos de oficio, dio paso a un nuevo sindicalismo; tampoco exento de problemas. Aunque a diferencia de la patronal, que adopta la lógica de la eficacia en términos de costes y beneficios y cuya representación depende del capital y no de las personas, los sindicatos mantienen necesariamente una doble lógica derivada del hecho de que la persona (trabajador) es inseparable de la fuerza de trabajo¹³: por una parte, la de representación de

los incentivos instrumentales, que aumentan su heterogeneidad conforme crece la afiliación y, por otra, la lógica de la solidaridad vinculada a incentivos de identidad y valores y, por tanto, a mecanismos de participación y democracia interna (socialización). Todo ello necesario no sólo para la atracción de afiliados al sindicato, sino para garantizar la permanencia de los inscritos y para la propia acción colectiva. Además, el sindicato obtiene su fuerza (militancia, capacidad de incidencia y negociación) de la afiliación, compromiso y movilización de los trabajadores, de modo que a más afiliación más recursos; sin embargo, con ello aumenta la heterogeneidad de intereses que, a su vez, dificulta la acción sindical.

Es decir, en los sindicatos coexisten una lógica administrativa y representativa, y otra lógica de movilización y participación (Streeck 1978). Una contradicción en sí misma que oscila en torno a dos grandes dilemas. Por un lado, el que expone Hobsbawm (1979); la base sindical, los trabajadores, desarrollan una relación contradictoria con las empresas y el capital, basada en intereses específicos y espontáneos, entre la pasividad —su salario y empleo dependen de los beneficios empresariales— y la tensión de luchar por las condiciones de trabajo y vida. Dicha lucha espontánea “desarrolla un conjunto de reivindicaciones inmediatas (por ejemplo, mejores salarios) y de instituciones y modos de conducta, etc., adecuados para conseguirlo, pero también un descontento general con respecto al sistema vigente, una aspiración hacia un sistema más satisfactorio y un esquema general... de unas organizaciones sociales alternativas”; que generan identidad y conciencia de clase (Hobsbawm 1979: 341; Friedman 2008: 159-163). Por otro lado, el dilema resaltado por Michels (2001) y otros autores de que la dirección, el aparato administrativo, si bien garantiza la provisión de recursos y la eficacia de la acción colectiva, puede transformarse en un fin en sí mismo. Es decir, la pesimista perspectiva de la “ley de hierro de la oligarquía”; versión matizada por Wright Mills y su tesis sobre el sindicato “gestor del conflicto” (Hyman 1978); es decir, un sindicato responsable formado por obreros establecidos y satisfechos, coincidente con la tesis funcionalista de que la madurez sindical conduce

no obstante, es en el actual panorama de pensamiento único un texto esencial en ámbitos académicos.

¹¹ Datos extraídos de <http://www.waelde.com/UnionDensity/> consultado el 15/05/2018.

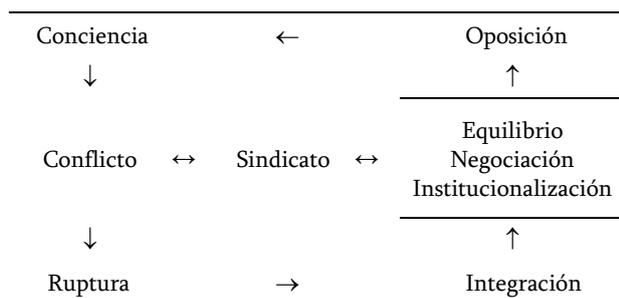
¹² No olvidemos que tanto Taylor, como sobre todo Ford, eran profundamente antisindicalistas y la expansión de los sindicatos no se desarrolló sin conflictos graves.

¹³ Offe y Wieselth (1980) trazan una crítica esencial al neoliberal Mancur Olson que, en su *Lógica de la acción colectiva*, publicado en 1965, pretendía dar por zanjada precisamente dicha acción; los movimientos de finales de los sesenta y principios de los setenta mostraron lo erróneo de sus apreciaciones y,

al reformismo. En definitiva, un tipo de pensamiento que nos presenta a un sindicato convertido en un elemento más del sistema. Es remarcable que autores izquierdistas y del establishment coincidan en ello; los primeros olvidando que la lucha sindical ha tenido un efecto alternativo; los segundos presentando una visión retrograda del sindicato. Frente a las anteriores, unas perspectivas más optimistas; así Rosa Luxemburgo: “El movimiento sindical no consiste en la imagen que se forma en las ilusiones perfectamente explicables, pero erróneas, de una minoría de dirigentes sindicales; él es la realidad que existe en la conciencia unitaria de los proletarios conquistados para la lucha de clases” (2015: 110-111); o Hyman (1978: 64) que argumenta la “ley de hierro de la democracia”, recuperando a Gouldner, desarrollándola (Hyman 1981) al proponer la existencia de una estructura de doble control sindical entre base y dirección.

La conclusión es que la acción sindical es ambivalente, respondiendo a la ambivalencia de los asalariados entre el compromiso e implicación en la empresa y la rebelión: “mantener un frágil equilibrio entre la queja y la satisfacción, entre el activismo y el reposo” (Hyman 1978: 71-72) o, (Streeck 1978) entre la autoridad (eficacia) y la democracia (participación), siempre reflejando sus segmentos y divisiones. El debate marxista en torno al sindicalismo refleja, en el tiempo, dicha ambivalencia: por una parte, la propia existencia del sindicato muestra un carácter de oposición al capitalismo que genera conciencia solidaria mediante la acción colectiva, el quehacer diario y las propuestas alternativas; por otra, gran parte de sus demandas se limitan a la permanencia de los puestos de trabajo, y por tanto de las empresas y el capitalismo. El esquema 2 refleja esta ambigüedad.

Esquema 2. La ambivalencia de las organizaciones sindicales



Fuente: elaboración propia con base en Hyman (1978)

Se observa en un gráfico ilustrativo de la evolución de los sindicatos en algunos países desarrollados desde 1880 hasta la actualidad¹⁴, que su crecimiento por encima del 10% de afiliación comienza hacia 1910 y que, tras algunas interrupciones —alguna de ellas dramática, como en la década de 1930—, la tasa afiliativa crece hasta 1980, aproximadamente y, a partir de ahí, se estanca para posteriormente descender en todos los países considerados. Si el conflicto y la negociación colectiva, o la afiliación a los sindicatos¹⁵, se caracterizan por fases de flujo y de reflujo relacionadas con el ciclo económico y del empleo, la evolución de la fuerza sindical, ha repercutido muy directamente en los niveles de desigualdad; de manera que a mayor fuerza menos desigualdad y viceversa (Donado y Wälde 2012; Kimball y Mishel 2015).

Otra consideración es que **si el sindicato ha sido la respuesta racionalizadora a los problemas generados por la espontaneidad, el estado del bienestar se puede contemplar como la racionalización de la economía moral de la multitud**: es decir, como un contrato social explícito para velar sobre la justicia vital y laboral: “una buena jornada laboral por un buen jornal” (Hobsbawm 1979: 342), por medio de agentes, instituciones y procedimientos ad hoc¹⁶. Quizás por ello será precisamente el com-

¹⁴ Trade union density from 1880 to 2008 for selected OECD countries; <http://www.macro.economics.unimainz.de/1335.php>, consultado 11/06/2018; Donado y Wälde (2012).

¹⁵ En relación con el conflicto esta evolución cíclica comienza a romperse en los años noventa, de manera que, aun persistiendo diferencias entre países, se observa un sustancial descenso del conflicto industrial (Bordogna 2010; Godard 2011). Respecto de la negociación colectiva, la OIT argumenta que la cobertura de la negociación entre 2008 y 2013 en 48 países indican que en promedio la cobertura se ha reducido en un 4,6 por ciento, en comparación con una reducción media del 2,3 por ciento de la densidad sindical durante el mismo período y en el mismo grupo de países. http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_protect/---protrav/---travail/documents/publication/wcms_461330.pdf 11/06/2018.

¹⁶ Habermas (1981) argumenta que el Estado moderno en el capitalismo tardío institucionaliza el conflicto por la distribución, atrayendo a los actores hacia el sistema político; aunque el autor se preguntaba por la estabilidad de dicha relación.

promiso social del Estado capitalista y su acción de justicia redistributiva, la que atacarán ferozmente los intelectuales neoliberales¹⁷.

Pero antes veamos los grandes trazos del papel del sindicalismo (ver esquema 3) en una etapa en la que el Estado no sólo cumple con el papel coercitivo y de dominación de la hegemonía capitalista sino, asimismo, con el de dirección intelectual y moral; la democracia se expande, junto a los derechos sociales y la regulación económica. Las nuevas reglas del juego, darán paso a unas relaciones entre clase, Estado y mercado, en el que los agentes representativos (patronal y sindicatos), con mayor o menor oposición o cooperación, dirimirán sus intereses básicos (ver esquema) en el marco de unas relaciones laborales basadas en la regulación y la negociación colectiva. Dicho sistema comienza a desplegarse en la primera mitad del siglo XX y madurará tras la segunda guerra mundial, en la denominada edad de oro, fruto del movimiento social desmercantilizador (Polanyi 1989), tras los desastres bélicos y la crisis de 1929; sin olvidar el referente de la Unión Soviética, como atemperador del capitalismo. En esta etapa la acción del sindicalismo se desarrolla en diversas áreas. Primera, en la negociación colectiva garantizando la renovación del contrato para millones

Esquema 3. Agentes e intereses básicos en los “años dorados”



Fuente: elaboración propia

¹⁷ Ver Rosanvallon (1981). El autor da importancia a lo que denomina “ecuación keynesiana”: asegurar el crecimiento económico y la equidad social.

de trabajadores de forma integradora; segunda, en las demandas o exigencias sobre el salario y las condiciones de trabajo, que dan voz a los trabajadores reduciendo las salidas (Hirschman 1977) y contribuyendo a la estabilidad de la gestión de la mano de obra en las empresas fordistas; sin olvidar que los diferentes subsistemas de negociación colectiva permitían una elevada adaptación a los sectores, regiones, empresas, naciones, etc., al tiempo que estimulaban la innovación limitando la competencia de bajos salarios. Los sindicatos, además de expresar intereses básicos, más o menos funcionales, impulsaron también la mejora de las condiciones de vida a través de demandas de bienestar y de reducción de la desigualdad. En la etapa de las relaciones laborales tradicionales la fuerza sindical, incluso con la habitual oposición empresarial, institucionalizó el conflicto y el compromiso de los trabajadores con el funcionamiento de las empresas¹⁸. Mientras, el Estado consiguió aplacar el conflicto social anti-sistema, fruto de la reducción de las desigualdades y el aumento de la eficiencia económica. En la Europa continental, donde estas prácticas llegaron más lejos, se bautizaron como corporatistas o neocorporatistas (Schmitter 1981).

En todo caso esta etapa, debido en gran parte al debate entre reformismo y revolución o radicalidad, el sindicalismo no estuvo exento de críticas desde la izquierda (Azzellini y Ness 2017). De hecho, los sindicatos avanzaron muy poco, exceptuando contadas excepciones, en la obtención de control o autonomía sobre las ocupaciones asalariadas, dado que las decisiones tecnológicas y organizativas continuaron bajo la discrecionalidad de las empresas. Las largas jornadas de trabajo, los

¹⁸ Hobsbawm explica, para el caso británico, que “los patronos eran hostiles por principio a los sindicatos, salvo donde estaban obligados a tratar con ellos. Sólo en las décadas de 1860 y 1870 se descubrió que los mecanismos formales para allanar las relaciones laborales eran deseables desde el punto de vista patronal, y entonces la negociación de grupos de trabajadores con grupos de patronos alcanzó diversos grados de reconocimiento oficial u oficioso” (1979: 321). Naturalmente los avances en legislación laboral y el crecimiento del poder sindical también jugaron su papel. De otra parte, ello no excluye una simple acomodación de los patronos a un estado de cosas, mientras continuaban pensando que el mejor sindicato es el que no existe.

bajos salarios, las condiciones misérrimas de muchos puestos de trabajo priorizaban entre los trabajadores demandas en estos aspectos. En una reflexión posterior, Trentin (2013) planteará que el sindicalismo no contempló un horizonte más allá del trabajo fordista; a su parecer daban por hecho un trabajo masculinizado, unas ocupaciones rutinarias y escasamente profesionalizadas, sin apenas autonomía en una organización jerárquica y autoritaria del trabajo, y hasta una centralidad del trabajo remunerado que dejaba en segundo plano otros aspectos de la vida. Tampoco avanzaron, en dicha etapa, en la representación de mujeres, inmigrantes, o etnias; no era una prioridad; cuando comenzaron a considerarla, los trabajadores se fragmentaron en múltiples divisiones.

4. Sindicatos y movimientos sociales hoy

En la actualidad los sindicatos, también los movimientos sociales, se encuentran frente a una etapa convulsiva. Los problemas sindicales reflejan una crisis social amplia: *no es sólo el sindicato quien está enfermo o desubicado, quien tiene un problema, es también la sociedad; y, por ello, las soluciones han de ir parejas* (Alós 2018). Tras la madurez industrial fordista en la que los sindicatos conocieron su expansión y grado de influencia máxima en los países más desarrollados, y tras un corto período de 30 años de desmercantilización (1945-1975), llevamos 40 de una mercantilización acelerada que invade nuevos espacios físicos y temporales. Arrebatados los desposeídos de sus escasas tierras y propiedades y disputados los comunes que aseguran la subsistencia, los asalariados de los países centrales sólo pudieron disfrutar brevemente de la seguridad, protección o regulación del trabajo del estado del bienestar. Ésta es la fortuna que las clases extractoras ansían ahora: no sólo apropiarse del trabajo, sino también de la vida mediante consumo y deuda; el empobrecimiento les enriquece. Las desigualdades se disparan (Piketty 2014).

Ahora bien, estos cambios en el contexto han necesitado no sólo de un Estado que se redescubre autoritario, sino también de instrumentos de creación de hegemonía cultural, de sentido co-

mún. Para ello, pretenden convertir dos instrumentos de solución de los problemas sociales inducidos por el capitalismo, como eran el sindicato y la negociación colectiva, en problemas en sí mismos, mediante el ataque y la deslegitimación continuada.

Los iniciales cambios económicos (mercantilización intensa de producción y reproducción; financiarización, globalización...), han dado paso a cambios políticos (autoritarismo) y sociales. Entre estos últimos destacan la individualización y fragmentación social, que siguen la estela de la desregulación de la protección y el cuestionamiento de los instrumentos integradores de las clases trabajadoras, entre ellos el derecho al trabajo digno y decente. Se extiende, por tanto, una progresiva incertidumbre que acerca a todos los trabajadores hacia un horizonte frágil y vulnerable. Las creencias económicas se han hecho verbo y las palabras de moda en el neolenguaje al uso son emprendedor, talento, esfuerzo, éxito, individuo, egoísmo, riqueza, esgrimidas a modo de moderna superstición. La deuda privada se transforma en deuda pública, el oligopolio es ahora mercado, el problema del paro es falta de productividad, el egoísmo no es de los especuladores sino de los trabajadores fijos, precarios y desocupados ahora futuros emprendedores; asimismo, dicen que la austeridad incita al ahorro, aunque en su enloquecida carrera lo dilapidan bancos e inversores, creando nuevas burbujas y crisis a las que aplican la doctrina del shock (Klein 2007). En ese punto, sin escrúpulo alguno, aseguran que el problema es del pobre, del que trabaja, del que se esfuerza por llegar a fin de mes, dada su indolencia o incapacidad. Como una maldición bíblica la hormiga es tratada de cigarra y la cigarra aparece como hormiga.

El sentido común neoliberal también rompe con ideas, modos colectivos, organizaciones e instrumentos de emancipación. Para la cultura hegemónica vivimos en el mejor de los mundos y no hay más alternativa que la suya. Hoy, quizás, una parte de la izquierda, también sindical, piensa en el retorno del *welfare* y del capitalismo social. Mientras que otra parte traslada la mirada alternativa y las esperanzas hacia lo nuevo; a los movimientos sociales de base comunitaria, voluntarista y espontánea. Y, no obstante, queda la duda de si con ello se plantea una falsa dialéctica entre

lo viejo y lo nuevo. Como hemos argumentado, el problema es que para muchos movimientos alternativos los sindicatos son contemplados —coincidiendo peligrosamente con el sentido común neoliberal—, o bien como algo antiguo, o bien como un aliado de los gobiernos, mientras que para los sindicatos muchos de los movimientos comunitarios adolecen del problema de la espontaneidad, o la falta de consistencia. Sin embargo, es éste un tiempo de transformación no sólo del capitalismo, sino también de reto y cambio de las organizaciones de los trabajadores, en un contexto de individualización y fragmentación y, asimismo, de efervescencia y surgimiento de movimientos sociales.

El aumento de las poblaciones excedentes, el retorno a la precariedad, el estancamiento de los salarios y la situación general del empleo y de las clases trabajadoras presentan en conjunto los desafíos principales que retan al modelo tradicional de sindicalismo. Conforme la distinción entre trabajo y vida se desmorona, la seguridad laboral desfallece y la creciente deuda personal acecha, los problemas que rodean al empleo remunerado tienen efectos que van mucho más allá del puesto de trabajo. Estas condiciones sociales cambiantes e inciertas alteran la relación entre el sindicato, sus miembros y la sociedad en general; lo que exige reconocer la naturaleza social de la lucha y salvar la distancia entre el puesto de trabajo y la vida. Los problemas en el empleo se desbordan hacia el hogar y hacia la comunidad y, viceversa, en lo que respecta al trabajo no remunerado de reproducción y cuidado.

Llegados aquí, Tapia (2013) ofrece una buena base para comparar las diversas culturas organizativas y modos de obtención del compromiso colectivo de las gentes, al establecer diferencias entre sindicatos y organizaciones de comunidad. Para la autora, las organizaciones de comunidad (OC) actuales tienen vínculos afectivos y de compromiso social y una cultura relacional que, en cierto modo, pueden compararse con los movimientos comunitarios pre-industriales; en cambio, los sindicatos (OS), generan y se alimentan de vínculos de grupo basados en el compromiso instrumental, más normativo que afectivo y en una cultura de servicio. Ahora bien, la autora toma como referencia el sindicalismo anglosajón, y no hemos de olvidar que en el continente se ha ca-

racterizado por más compromiso social y político. En todo caso, ambos movimientos se alimentan del compromiso, no sólo de sus militantes y miembros, sino también de las personas que les simpatizan y de las que movilizan. Un primer elemento de discusión con las tesis de Tapia, al menos a la luz del sindicalismo español, es que la autora sostiene que los sindicatos (OS) tienen recursos y afiliados, pero dificultad de movilizar, mientras que las organizaciones comunitarias (OC), con menos recursos y miembros, tienen gran capacidad movilizadora.

En todo caso las propuestas de Tapia suscitan debate en torno a los factores que limitan las OS y las OC, a la capacidad movilizadora de unos y otros y, finalmente, a las posibles alternativas o estrategias de futuro que pueden desempeñar. Por lo que se refiere a los límites de los sindicatos y añadiendo nuestras matizaciones:

- a) La desregulación impulsada por los gobiernos ha restringido la capacidad de negociación tanto en el ámbito de la empresa, como en la política social y laboral e incrementa la discrecionalidad empresarial.
- b) La ofensiva hegemónica neoliberal, por medio de sus representantes culturales, académicos, políticos y empresariales, deslegitima a las OS. Una clave ha sido plantear la dualidad *insiders/outside*s como producto de la acción sindical, cómo si las empresas, “creadoras” reales de puestos de trabajo degradados y de bajo precio no fueran las causantes.
- c) El éxito del sentido común neoliberal, en el terreno de la segmentación y fragmentación de los trabajadores, dificulta la acción colectiva y facilita la rápida penetración de las ideas individualistas, deslegitimando las OS.
- d) El discurso empresarial y de mercado, en parte posmoderno y en parte de *new management* (Alonso y Fernández 2018) también abre espacios en la gestión sindical, impulsando la administración por encima de la voz y la participación.
- e) Diversos autores argumentan en torno a la erosión del sistema de representación de los trabajadores. Pero en el caso español conviene matizar (Beneyto, Alós, Jódar y Vidal 2016). Así,

aunque la densidad afiliativa es relativamente baja, las elecciones sindicales, forma de representación legítima, son participadas y eligen directamente a un gran número de representantes. Sin olvidar la capacidad movilizadora expresada en las huelgas, manifestaciones y otras formas de acción.

f) Finalmente, hay un aspecto apuntado por Tapia sobre el que conviene reflexionar: “La globalización destruye sindicalismo en la industria, lo que se une a las dificultades de la transición industria/servicios, a las prácticas de outsourcing y de subcontratación, a la expansión de puestos de trabajo no sindicalizados también en la nueva economía basada en internet [gig economy o big tech], y a la hostilidad de las empresas hacia los sindicatos” (2013: 667, traducción propia).

Tapia argumenta que las OC, en el caso británico, están relacionadas con asociaciones religiosas, culturales, etc. A nuestro parecer, en el caso español se vinculan a espacios de acción y reivindicación concretos y fragmentados; vivienda (PAH), mareas (sanidad, escuela, inmigración...), pensionistas y yayoflautas, asambleas de parados, feminismo, ecologismo, altermundismo¹⁹..., aunque se sucedan momentos de movilización más general. Ahora bien, conviene destacar las especificidades de las OC que remarca la autora: raíces locales, lazos con instituciones sociales, acción mediante campañas de objetivos múltiples, esfuerzos por conseguir el apoyo público para el cambio social. A ello se puede añadir, siguiendo a Graziano, una acción de liderazgo no pensada en términos de vanguardia, ni de estrategia de toma del poder sino de prácticas prefigurativas y políticas performativas; ensayos de formas organizativas de participación directa y de vías alternativas de alcanzar la hegemonía (2017: 157 y ss).

En todo caso, subraya Tapia, las iniciativas de las OC, aunque no están destinadas directamente al mercado de trabajo, sí inciden en él mediante sus acciones; esto tampoco es tan evidente en España,

¹⁹ Armano y Murgia (2017) se preguntan si ante ello (la extensión de la precariedad), y con cierto voluntarismo, surgen micropolíticas de resistencia en forma de mutualismo y de cooperación social, dado el declive de las formas tradicionales de representación colectiva.

aunque se observan momentos de coordinación de acciones laborales (marchas de la dignidad, coordinadoras laborales de barrio...). Otra diferencia substancial, respecto de la autora, es que en España las OC asumen el papel de agentes negociadores impulsando Iniciativas Legislativa Populares (pobreza energética, vivienda, renta garantizada...), lo que las asemeja a las movilizaciones populares descritas en el apartado primero. Asimismo, aunque los momentos de coordinación son protagonizados por representantes de las diferentes organizaciones, en el interior de éstas predominan los miembros individuales, mientras que Tapia resalta, para el caso británico, que las OC están formadas por instituciones afiliadas.

La espontaneidad de las movilizaciones comunitarias también ha sido una característica importante, del mismo modo que la efervescencia social entre los años 2010 a 2013, dado que la participación elevada se mantiene sólo en el corto plazo; aunque ello no excluye la presencia de un grupo de militantes estables en su acción (muchos de ellos surgidos de los medios sindicales o de la izquierda). Estos movimientos, en la medida en que se da cierta institucionalización, no escapan de la pugna entre las leyes de hierro que sugiere Hyman: democracia frente a burocracia; lo que sugiere que no es un problema exclusivo de los sindicatos y que debemos ser prudentes con los dilemas del tipo viejo/nuevo.

OC y OS pueden tener elementos comunes, salvando sus respectivos campos de acción. En primer lugar, el objetivo del cambio social, aunque este pueda adquirir dimensiones diversas en unos y otros; en segundo lugar, la movilización de sus miembros, aunque ésta es más imprescindible entre los sindicatos. En tercer lugar, necesitan del compromiso de sus miembros y afiliados, aunque en grado y formas diversos, lo que implica responsabilidad y lealtad organizativa, convicción en la acción y en los objetivos, disposición al esfuerzo compartido (en términos de tiempo, saberes, etc.) en la organización. En cuarto lugar, los movimientos sociales necesitan estabilidad temporal; como argumentan Srnicek y Williams (2016): “Desde las luchas alterglobalizadoras de fines de la década de 1990, pasando por las coaliciones antiguerra y ecológicas de principios del siglo XX hasta los nuevos levantamientos estudiantiles y movimientos de Occupy desde 2008, ha surgido

un nuevo patrón: las luchas de resistencia aparecen rápido, movilizan a cantidades cada vez mayores de personas y, sin embargo, terminan por palidecer para ser sustituidas por un sentimiento renovado de apatía, melancolía y derrota. A pesar de que millones de personas desean un mundo mejor, los efectos de esos movimientos son mínimos” (2016: 17).

En este panorama, los sindicatos pueden jugar diferentes papeles. Uno de ellos es el formativo, no sólo en términos económicos y sociales, sino también en términos de activismo social (Srniczek y Williams 2016). Otro, es el de superar el estrecho margen de los “puestos de trabajo”, dado que el capital está borrando las fronteras legales, espaciales y temporales de los mismos, los sindicatos debieran también saltar dichas fronteras y proponer un abanico más amplio de demandas; por ejemplo, aquellas derivadas de la ofensiva neoliberal por mercantilizar y ‘atrapar’ la vida cotidiana de los trabajadores. Recuperar las demandas de los ochenta por reducir la jornada de trabajo, es una vía. También explorar nuevas formas organizativas dados los importantes cambios en el empleo. El territorio es un espacio que permite sinergias. El camino no es fácil; los movimientos sociales se sustentan en la participación directa, que puede ser minoritaria y simbólica sin que le reste efectividad, a diferencia de los sindicatos que requieren amplios compromisos, asociados a costes que pueden ser muy gravosos, en términos de menores ingresos, o hasta el despido o el encarcelamiento. Finalmente, un último aspecto a considerar de la mano de Srniczek y Williams es que, “los movimientos de los trabajadores siempre han dependido de la población local en materia de apoyo logístico y moral y, si se alimenta la solidaridad, las comunidades podrán salir a defender a los trabajadores contra la represión del Estado. Por su parte, los sindicatos pueden involucrarse en temas de la comunidad, como la vivienda, demostrando así el valor del trabajo organizado. En lugar de rebelarse sólo en torno a los puestos de trabajo, los sindicatos se adecuarían más a las condiciones actuales si se organizaran en espacios regionales y comunidades” (2016: 240-241); aspecto que, cabe decir, actualmente muchos sindicatos están afrontando.

En cierta manera el sindicalismo aun siendo legal y no estando formalmente perseguido, parece

haber vuelto a las circunstancias iniciales de su desarrollo: problemas de implantación y acción en las empresas, problemas de legitimación a nivel social, político y económico; mientras los movimientos sociales también muestran sus limitaciones, quedando en buena parte apagados con la aparición de grupos políticos afines en la representación local y parlamentaria. Aunque, en España, el sustrato de los años 2010 y 2011, también se manifiesta puntualmente entre mujeres y pensionistas.

Hoy día el sindicalismo de clase, aun dando cabida a segmentos hacia los que hace unas décadas era reluciente: trabajadores de servicios, mandos y técnicos, mujeres, inmigrantes, etc., se encuentra ante un dilema similar al del sindicato de oficio/general, sustituyendo ambos polos por sindicato de estables y/o precarios-parados-atípicos. Por tanto, no es sólo emplear esfuerzos en la función tradicional de defensa y protección de los trabajadores asalariados en sus etapas de empleados, sino ampliarla para abarcar cuando están desocupados, emigran o son profundamente vulnerables. El objetivo último pudiera ser (Polanyi) desmercantilizar el trabajo. Es decir, una ofensiva general para dignificar y volver decente la vida y el trabajo ante el discurso anti-social de los mercados y los gobiernos. Pero esto exige recuperar la capacidad de movilización para empoderarse. En ese camino es posible encontrarse con otras organizaciones de base ciudadana y comunitaria.

5. Conclusiones

Hemos trazado en la primera parte un esquema del camino que transcurre entre la economía moral y la espontaneidad propias de los movimientos comunitarios a la racionalidad organizada de las asociaciones de trabajadores. Sostenemos que ambos movimientos, por lo que respecta a las clases trabajadoras, se complementan. Las organizaciones de los trabajadores (en este caso los sindicatos), nacen para racionalizar sus acciones, administrar recursos, saberes y acciones, sin olvidar aquello que da cohesión al movimiento, como son los valores, los afectos, la socialización. Los vínculos afectivos, la cultura relacional, generan corrientes solidarias que permiten resistir y sobrevivir en momentos de represión, arbitrariedad, indefensión. En cierta manera, la comunidad

aportaba sentido de justicia y los sindicatos los recursos que hacían estable en el tiempo el sostén de las demandas y de la movilización; la solidaridad es un factor común. Damos importancia a esta relación porque el neoliberalismo ha conseguido ir lejos en su estrategia de ruptura de la solidaridad, basada en el trabajo y en la comunidad, mediante el impulso de la individualización y la mercantilización.

En esta relación comunidad-sindicatos hay algunos elementos a re-proponer. Primero, e importante, restituir el papel de las mujeres, protagonistas no sólo de movilizaciones comunitarias, sino también laborales (también ellas eran proletarias; Eagleton 2015). Segundo, y común denominador de las diferentes etapas: el conflicto se produce por la percepción de una profunda injusticia en las condiciones de vida o de trabajo. Dicho conflicto se recrudece (y en la etapa industrial se politiza) cuando los gobernantes cambian las reglas del juego, normalmente fruto de una extrema liberalización y mercantilización (siglo XIX y, ahora, neoliberalismo), dando lugar a fases de efervescencia social. Tercero, el conflicto y la movilización, tienen como objetivo la negociación (para cambiar hacia un sistema más justo).

Pero junto a estos tres elementos queremos resaltar tres factores estrechamente relacionados entre sí y que inciden sobre el conflicto y la capacidad de negociación en las diferentes etapas remarcadas. Uno es que la innovación técnica (tecnología y organización del trabajo) y la abundancia de mano de obra (producción de excedente poblacional) debilitan y al mismo tiempo, contradictoriamente, pueden reforzar en un plazo más largo a los sindicatos. Dos, los procesos de cualificación y descualificación derivados de lo anterior inciden sobre las condiciones de trabajo y vida de los trabajadores, produciendo desplazamientos de unos grupos por otros en el conjunto de los mercados laborales. Tres, dificultad de proteger y organizar a los segmentos más débiles y minoritarios. Los dos últimos factores, dan lugar a los conflictos marxiano y polanyiniano en el seno de las clases trabajadoras que remarca Silver (2003).

El interrogante planteado por Hobsbawm al final del apartado ¹²⁰ puede responderse en términos de doble movimiento, de manera que se produce una alternancia entre grupos con y sin capacidad negociadora; los sindicatos, contradictoriamente, pueden reforzar a los grupos con más poder y, a la vez, rescatar a los más débiles. Esta ha sido, en buena parte, la consecuencia de su acción a lo largo de los dos siglos de su existencia.

En el segundo apartado, insistimos en la expansión del movimiento obrero, también en su formato sindical, y observamos que se mantienen las comunidades obreras en poblaciones y barrios; todo ello sostiene la solidaridad dentro y fuera de las fábricas. La innovación organizativa y técnica en la etapa de la industria moderna, en plena expansión del fordismo, homogeneizó amplias capas de trabajadores, tanto en términos de cualificación, como de salario y condiciones de trabajo. Dichas circunstancias, junto al pleno empleo (que reduce el excedente de población o ejército industrial de reserva) y el crecimiento afiliativo, facilitó la expansión de los sindicatos de clase. No representaban a todos los trabajadores, pero sí la voz de un amplio colectivo asalariado; también fue un instrumento de integración. A ello contribuyó el bienestar de los años dorados, etapa de consolidación de la racionalización de estilo weberiano. El Estado no sólo monopoliza la violencia del sistema capitalista, también regula el mercado y estimula fórmulas de obtención del consentimiento. **De manera que, si el sindicalismo fue la respuesta racional y orgánica del movimiento obrero a los problemas de estabilidad de las formas de lucha anterior, en buena parte el estado del bienestar podría equivaler a una forma racionalizada (por tanto, administrada y burocratizada) de la economía moral de la multitud; siendo la justicia social el factor que permite la comparación.** No obstante prosiguió la división entre los trabajadores y ello muestra las limitaciones de los sindicatos, a pesar de la gran capacidad de acción conseguida en dicha etapa²¹.

²⁰ Recordemos que el autor se interroga sobre si los cambios en el sistema capitalista dividen y segmentan a los trabajadores.

²¹ El modelo familiar capitalista implantó la solución *male breadwinner*, de salario familiar, lo que dejó a las mujeres en una posición claramente dependiente destinada a mantener el cuidado, procurando una

En la tercera parte, remarcamos que la sociedad *big tech* (Morozov 2018) se implanta bajo los diseños de la financiarización y de las grandes plataformas digitales; no necesariamente por exigencias tecnológicas. Así, previo a la aplicación de la innovación, observamos el crecimiento de la población excedente (precaria, desocupada, migrante), mientras que su implementación puede depender, tanto de los beneficios esperados por el capital, como de la capacidad de movilización y resistencia de la ciudadanía. Ahora bien, el capitalismo actual está invadiendo los escenarios de la vida cotidiana, está uniendo a la fuerza, con dolor y sufrimiento, lo que el mismo capital separó: vida y trabajo. El avance imparable de la mercantilización parece alumbrar una sociedad en la que no importan las personas. Ahí, en la frontera, umbral o zona híbrida, entre empleo y trabajo, entre espacio y tiempo productivo y reproductivo, hay un gran margen de acción conjunta y necesaria de todos aquellos que quieren alejarse de la distopía neoliberal y construir democráticamente una sociedad emancipada y justa.

En todo caso (Ross 2017), estamos en una época de erosión de las normas justas de trabajo y de las condiciones de vida. **La imposición hegemónica del sentido común neoliberal, dificulta la acción de la economía moral que alimentaba a los movimientos sociales.** Por ello, las dos **formas de lucha y acción colectiva resaltadas comunitaria y sindical, que también lo son de vivencia, necesitan explorar formas de aproximación para encontrar vías y caminos de organizarse y de relacionarse.** Y aquí surge un nuevo interrogante, ¿las redes sociales impulsadas por las nuevas tecnologías pueden contribuir aportando nuevas formas de solidaridad comunitaria? O, simplemente nos encierran en burbujas de información y contactos que supuestamente aportan libertad. También en este sentido merece la pena explorar alternativas. Los bloques y fracciones del capital compiten y luchan entre sí, pero mantienen en común unos

mano de obra (masculina) en estado óptimo (Federici 2018; Fraser 2015). Por otra parte, el sindicalismo de los países centrales no se preocupó de la explotación de la mano de obra en las colonias que hizo en buena parte posible el bienestar; ello se hará más visible en sus actitudes excluyentes, hacia 1960 y 1970 frente a la intensa llegada de trabajadores (Hobsbawm 1987; Penninx y Roosblad 2000).

factores básicos: mercado, flexibilidad, individualización...; las organizaciones de los trabajadores y de los ciudadanos, tienen todas ellas una idiosincrasia y campo propio de acción, pero más allá de los agravios y rivalidades, ¿es posible hallar elementos básicos de acción coordinada?

Muchos autores remarcamos que la movilización solidaria europea del 14N de 2012, supuso un resurgimiento de la cuestión social, entendida como una interacción del movimiento de los trabajadores con aquellos de base comunitaria. Helle (2015) examina dicho conflicto recurriendo a Thompson: la formación de la clase social se genera mediante luchas y acciones colectivas, concluyendo que, si bien es difícil el acercamiento entre ambos movimientos, a la vez es absolutamente necesario para la revitalización sindical.

Referencias

- Alonso, Luís Enrique; Fernández Rodríguez, Carlos J. (2018): *Poder y sacrificio. Los nuevos discursos de la empresa*. Madrid: Siglo XXI.
- Alós, Ramon (2018): *A propósito del desconcierto de los sindicatos* (en línea). <http://lopezbullla.blogspot.com/2015/01/a-proposito-del-desconcierto-de-los.html> [Consultado 3/07/2018].
- Armano, Emiliana; Bove, Arianna; Murgia, Annalisa (eds.) (2017): *Mapping Precariousness, Labour Insecurity and Uncertain Livelihoods. Subjectivities and Resistance*. Oxford: Routledge.
- Armano, Emiliana; Murgia, Annalisa (2017): "Hybrid areas of work in Italy. Hypotheses to interpret the transformations of precariousness and subjectivity". En Emiliana Armano et al. (eds.), *Mapping Precariousness, Labour Insecurity and Uncertain Livelihoods: Subjectivities and Resistance* (pp. 59-71). Abingdon: Routledge.
- Azzellini, Darío; Ness, Immanuel (eds.) (2017) *Poder obrero. Autogestión y control obrero desde La Comuna hasta el presente*. Madrid: La Oveja Roja.
- Balfour, Sebastián (1994): *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- Beneyto, Pere J.; Alós, Ramon; Jódar, Pere; Vidal, Sergi (2016): "La afiliación sindical en la crisis. Es-

- estructura, evolución y trayectorias". *Sociología del Trabajo, nueva época*, 87, 25-44.
- Bordogna, Lorenzo (2010): "Strikes in Europe: Still a Decade of Decline or the Eve of a New Upsurge?". *Indian journal of industrial relations*, 45(4), 658-670.
<https://www.jstor.org/stable/25741088>
- Donado; Alejandro; Wälde, Klaus (2012): "How Trade Unions Increase Welfare". *The Economic Journal*, 122, 990-1009.
<https://doi.org/10.1111/j.1468-0297.2012.02513.x>
- Eagleton, Terry (2015): *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Península.
- Ealham, Chris (2005): *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898-1937*. Madrid: Alianza.
- Federici, Silvia (2018): *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Fraser, Nancy (2015): *Fortunas del feminismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Friedman, Gerald (2008): *Reigniting The Labor Movement. Restoring Means to Ends in A Democratic Labor Movement*. London: Routledge.
- Godard, John (2011): "What Has Happened to Strikes?". *British Journal of Industrial Relations*, 49 (2), 282-305. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8543.2011.00853.x>
- Graziano, Valeria (2017): "Fake it until you make it. Prefigurative practices and the extrospection of precarity". En Emiliana Armano et al. (eds.), 157-169
- Habermas, Jürgen (1981): *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus.
- Helle, Idar (2015): "A new proletariat in the making? Reflections on the 14 November 2012 strike and the movements of 1968 and 1995". *Transfer*, 21(2), 229-242.
<https://doi.org/10.1177/1024258915573388>
- Hill, Christopher (1983): *El mundo transtornado*. Madrid: Siglo XXI.
- Hilton, Rodney (1978): *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. Madrid: Siglo XXI.
- Hilton, Rodney (1988): *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*. Barcelona: Crítica.
- Hirschman, Albert O. (1977): *Salida, voz y lealtad: Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, Eric J. (1979): *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric J. (1987): *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, Eric J.; Rudé, George (2009): *Revolución industrial y revuelta agraria*. Madrid: Siglo XXI.
- Hyman, Richard (1978): *El marxismo y la sociología del sindicalismo*. México D. F.: Era.
- Hyman, Richard (1981): *Relaciones industriales*. Madrid: Blume.
- Jones, Owen (2012): *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.
- Kimball, Will; Mishel, Lawrence (2015): *Unions' Decline and the Rise of the Top 10 Percent's Share of Income. Economic Snapshot (february)* (en línea). <https://www.epi.org/publication/unions-decline-and-the-rise-of-the-top-10-percents-share-of-income> [Consultado 16/06/2018].
- Klein, Naomi (2007): *La doctrina del shock*. Barcelona: Paidós.
- Luxemburgo, Rosa (2015): *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Madrid: Siglo XXI.
- Michels, Robert (2001): *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Milne, Seuman (2018): *El enemigo interior. La guerra secreta contra los mineros*. Madrid: Alianza.
- Morozov, Evgeny (2018): *Capitalismo Big Tech ¿Welfare o neofeudalismo digital?* Madrid: Enclave de Libros.
- Offe, Claus; Wessenthal, Helmut (1980): "Two Logics of Collective Action: Theoretical Notes on Social Class and Organizational Form." *Political Power and Social Theory*, 1(1), 67-115.
- Penninx, Rinus; Roosblad, Judith (2000): *Comparative Study of the Actions of Trade Unions in Seven West European Countries*. New York: Berghahn Books.
- Polanyi, Karl (1989): *La Gran Transformación*. Madrid: La Piqueta.
- Piketty, Tomas (2014): *El capital en el siglo XXI*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, Jacques (2017): *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*. Madrid: Tinta limón.

- Ross, Andrew (2017): "Working for Nothing. The Latest High-Growth Sector?" En E. Armano et al. (eds), 189-198.
- Rosanvallon, Pierre (1981): *La crise de l'Etat-providence*. Paris: Seuil.
- Rudé, George (1981): *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- Schmitter, Phillipe (1981): *La società neocorporativa*. Bologna: Il Mulino.
- Silver, Beverly J. (2003): *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.
- Srnicek, Nick; Williams, Alex (2016): *Inventar el futuro. Poscapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona: Malpaso.
- Streeck, Wolfgang (1978): "Processi di razionalizzazione amministrativa nei sindacati della Germania Occidentale". En G. Gasparini (ed.), *Sindacato e organizzazione* (pp. 141-209). Milano: Franco Angeli.
- Tapia, Maite (2013): "Marching to Different Tunes: Commitment and Culture as Mobilizing Mechanisms of Trade Unions and Community Organizations". *British Journal of Industrial Relations*, 51(4), 666-688.
<https://doi.org/10.1111/j.1467-8543.2012.00893.x>
- Tarrow, Sidney (2009): *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza.
- Thompson, Edward P. (1984): *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, Edward P. (2012): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Tilly, Charles F. (1978): *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: Random House.
- Tilly, Charles F.; Wood, Lesley J. (2010): *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.
- Trentin, Bruno (2013): *La ciudad del trabajo*. Albacete: Bomarzo.